

A propósito de la desigualdad en el mundo contemporáneo

18 abril, 2018

Por Andrés Riva Casas*

La economía de mercado capitalista ha dado lugar al más elevado progreso de la humanidad en materia científica y tecnológica, así como a las formas más brutales de desigualdad e injusticia. En un mundo que crea riqueza de forma sistemática, la necesidad de distribuirla se torna un imperativo que no debemos descuidar.

La economía de mercado capitalista ha permitido a la humanidad el mayor progreso material y humano que se haya registrado en la historia. Es indudable que la libertad que el sistema supone, la forma en que fomenta la iniciativa individual, que enfrenta a los individuos a su responsabilidad y que hace del riesgo una virtud, permitió no solo revolucionar las estructuras sociales de todo occidente, sino que sentó también las bases para sistemas políticos democráticos y republicanos. La filosofía de la libertad, sumada a la noción de interés racional, nos permitieron configurar un escenario en el que los individuos fueron capaces de generar riqueza, que luego la sociedad se encargó de distribuir para tocar a todos con los beneficios de un sistema en el que la acumulación y el lucro no eran ya un pecado, sino un deber, pues el individuo, en persecución de sus intereses egoístas hacia el mayor de los bienes sociales: creaba riqueza.

LOS DEFECTOS DEL SISTEMA

Pero el proceso de acumulación capitalista tuvo (y todavía tiene) grandes defectos, pues no ha logrado dar una respuesta adecuada al problema de la distribución. Si por el sistema fuera, siguiendo la noción de eficiencia, los recursos jamás se asignarían de forma justa en una sociedad, o al menos en una forma de justicia basada en la igualdad, idea que encuentra en la eficiencia su principal adversaria.

Con los resultados de la revolución industrial a la vista, Marx estuvo acertado al pronosticar que una sociedad que trataba a los individuos como objetos no sería jamás sustentable. Y aunque falló en sus pronósticos revolucionarios, sí generó una corriente socialista liberal que fue uno de los insumos centrales de las correcciones necesarias que debió experimentar el capitalismo. Mientras el liberalismo había propuesto y prometido la igualdad de todos los hombres, la lógica capitalista había creado un escenario opuesto. Así lo describía Harold Laski, en su libro "El Liberalismo Europeo" (1936), al decir que mientras el liberalismo había prometido a los hombres condiciones de igualdad, les había negado las herramientas para alcanzarla. Y así era. El capitalismo, con su obsesión por la productividad y la eficiencia tiende a descuidar el costado humano y comunitario de toda sociedad. Como bien lo definía Erich Fromm en "Sobre la desobediencia" (1981), el capitalismo se basa en la idea de que "no la solidaridad y el amor, sino la acción egoísta e individual trae los mejores resultados para todos; en la creencia de que un mecanismo impersonal, el mercado, debe regular la vida de la sociedad y no la voluntad, la visión o la planificación de las personas. El capitalismo valora las cosas (el capital) por encima de la vida (el trabajo). El poder surge de las posesiones y no de las acciones (...)". Y agrega: "La producción se guía por el principio de que toda inversión de capital debe generar rentabilidad, en lugar de que el principio para decidir lo que se produce sea determinado por las verdaderas necesidades de la gente".

El gran problema del socialismo, en su persecución de la igualdad, ha sido su intención de suprimir libertades en nombre de más elevados valores, lo cual ha dado como resultado sistemas opresivos y sustancialmente más injustos y desigualitarios que las democracias capitalistas. De ahí la revolución generada por las ideas de John Rawls en su "Teoría de la Justicia" (1971), donde asegura que, si bien la justicia debe ser el objetivo central de toda sociedad, jamás la búsqueda de la igualdad debe suponer la supresión de las libertades básicas. El problema que se plantea, entonces, es hasta dónde la libertad debe ser permitida y en qué punto el Estado, como agente para la persecución de la igualdad y la justicia, tiene potestades para actuar, para limitar el funcionamiento del "mercado".

BIENESTAR Y DESARROLLO HUMANO

El gran aporte del socialismo liberal o humanista ha sido apelar a la dignidad humana, proponiendo la necesidad de "unión del hombre con el hombre y de éste con la naturaleza", según lo definía Fromm. Esto implica, en términos filosóficos, pero también políticos, acotar el individualismo y poner límites a la destrucción de la naturaleza en el desarrollo de las actividades productivas. Porque el fin último de toda sociedad no debe ser la acumulación, ni tampoco la producción de bienes materiales, sino la consecución de una vida digna para sus integrantes, en el que todos tengan el derecho de acceder a los beneficios del bienestar social y el desarrollo humano. En otras palabras, los individuos no deberían beneficiarse en la medida en que sean más o menos valiosos para el sistema, sino que la igualdad debe darse de forma natural: por el simple hecho de ser humanos. Y ese es el problema que el capitalismo no ha logrado subsanar. El drama actual, sin embargo, es que la desigualdad mundial se profundiza año a año en una espiral que amenaza con dividir a la humanidad generando burbujas de riqueza obscena sobre enormes capas de pobreza acumulada a la cual el sistema les negará perpetuamente las posibilidades de progresar.

LA DESIGUALDAD HOY

Debemos reconocer, ante un tema tan complejo como el de la desigualdad, la existencia de dos diferentes niveles. El primero de ellos es el nivel doméstico, donde los Estados soberanos son los que tienen el deber y la responsabilidad de actuar. El segundo es el ámbito internacional, donde las instituciones que rigen la economía mundial tienen escaso poder para imponer políticas específicas a los países que las integran. Aun así, varias de ellas han llamado la atención sobre el problema de la desigualdad global y sobre cómo su profundización podría afectar a las sociedades humanas.

De acuerdo con el "Informe sobre la Desigualdad Global 2018", del Laboratorio de la Desigualdad Global del Banco Mundial, el mundo se enfrenta ante un drama de proporciones mayúsculas, a pesar incluso de los progresos que se han producido en los últimos dos siglos. "La mitad más pobre de la población mundial ha experimentado un incremento significativo en su ingreso gracias a las altas tasas de crecimiento en Asia (en particular de China e India). Sin embargo, debido a la elevada y creciente desigualdad entre países, el 1% de individuos con mayores ingresos en el mundo recibió una proporción dos veces más grande del crecimiento que el 50% de menores ingresos desde 1980", dicen los autores, añadiendo que "el crecimiento del ingreso ha sido débil o incluso nulo para los individuos entre el 50% de menores ingresos y el 1% superior (...)".

Respecto a la desigualdad de riqueza, asegura que su incremento "ha sido, no obstante, muy significativo en Estados Unidos, con un aumento en la participación del 1% más rico de 22% a 39% entre 1980 y 2014, en buena medida explicado por el incremento en la participación del 0.1% más rico", algo aun más alarmante.

PANORAMA DESOLADOR

El panorama, en este sentido, no es para nada bueno. El informe agrega que "el incremento de la desigualdad de riqueza al interior de los países ha potenciado el crecimiento de la desigualdad de riqueza a escala global. Bajo el supuesto razonable de que la tendencia mundial puede ser captada por una combinación de China, Europa y Estados Unidos, entonces la proporción de riqueza controlada por el 1% más rico del mundo pasó de 28% a 33%, mientras que la del 75% de menor riqueza osciló alrededor de 10% entre 1980 y 2016. De continuar las tendencias observadas en términos de distribución de la riqueza, la participación del 0.1% más rico del mundo (entendido como una combinación de China, Europa y Estados Unidos), será equivalente a la de la clase media para 2050".

ALGUNAS PROPUESTAS

Sin embargo, el futuro puede cambiar en la medida que se tomen medidas para controlar la acumulación de riqueza en pocas manos. "La evidencia muestra - dice el informe - que la progresividad del sistema impositivo (considerado globalmente) es una herramienta efectiva para combatir la desigualdad. La tributación progresiva no sólo reduce la desigualdad de manera directa, sino que también disminuye los incentivos a capturar fracciones crecientes de ingreso y de riqueza, al limitar su magnitud". Es decir, será necesario que los Estados concuerden en una estrategia impositiva para beneficiar a las clases más pobres, en lugar de enfrascarse en carreras destructivas para ser el lugar de depósito de los capitales internacionales. Pero en este punto hemos retrocedido: "La progresividad se redujo drásticamente en los países ricos y en algunos emergentes entre la década de 1970 y mediados de la del 2000. Desde la crisis de 2008, dicha tendencia se ha detenido, y la progresividad ha mejorado en algunos casos, pero la evolución futura depende de decisiones políticas. Los impuestos a las herencias, sucesiones, y donaciones son una parte irrelevante (o directamente inexistente) del sistema impositivo de la mayor parte de los países emergentes de alta desigualdad, lo que abre la posibilidad para desarrollar importantes reformas impositivas".

El impuesto a las herencias es, desde luego, una idea brillante, dado que supone cortar con el principal y más antiguo mecanismo de reproducción de las desigualdades. Este año, la OCDE publicó un punzante documento en el que se propone gravar más fuertemente a las herencias, por los motivos antes expuestos. "Este informe argumenta que hay un caso fuerte para abordar la desigualdad de la riqueza a través del sistema tributario", dice en sus conclusiones, añadiendo que: "La desigualdad de la riqueza es mucho mayor que la desigualdad del ingreso, y hay cierta evidencia que sugiere que la desigualdad de la riqueza ha aumentado en las últimas décadas. Además, la acumulación de riqueza opera de manera autorreforzada y es probable que aumente en ausencia de impuestos. Los que ganan mucho pueden ahorrar más, lo que significa que pueden invertir más y, en última instancia, acumular más riqueza. Además, el rendimiento de la inversión tiende a aumentar con la riqueza". En otras palabras, mientras los pobres se ven constantemente enfrentados a lo que se conoce como trampas de la pobreza (en la que su situación solo tiende a empeorar con el tiempo), los ricos siempre tienen posibilidades de ser más ricos.

*Lic. en Estudios Internacionales. Docente de Política Comparada en la Licenciatura en Estudios Internacionales de la Universidad ORT Uruguay. Director de Diario EL HERALDO.

Compartir esta noticia: [Like 1](#) [Share](#) [Tweet](#)

[Sobre el autor](#) [Últimos artículos](#)



Andrés Riva Casas

Director responsable de Diario El Heraldo

[Noticia anterior](#)

« Archivos de la Jefatura – Enciso y Costa (III)

NOTICIAS RELACIONADAS



CÁMARA EMPRESARIAL
"Corregir la situación actual es difícil porque hay poco margen para hacerlo"



DESEMPLEO
Construcción perdió más de 25.000 puestos de trabajo en 5 años



Impacto fiscal cero